

Acción colectiva y representaciones sociales: los trabajadores de empresas recuperadas

Patricia Davolos (FLACSO)
Laura Perelman (IDES)

Introducción

La “recuperación de empresas” significó un modo no convencional de respuesta frente a los despidos masivos y cierres de establecimientos que se multiplican hacia fines de los 90 como corolario del programa de liberalización económica y sobrevaluación de la moneda local que se aplicó durante la década. En un contexto de altas tasas de desempleo abierto, distintos grupos de trabajadores comienzan a ocupar empresas que estaban en riesgo inminente de cerrar sus puertas o acababan de hacerlo organizándose para reabrir las mismas en forma autogestionaria.

Enmarcamos a la recuperación de empresas dentro de las formas novedosas que va adoptando la protesta social en la Argentina, porque significaron una respuesta a la crisis, centrada básicamente en la defensa de la fuente de trabajo, que se extendió más allá de los límites tradicionales que adoptaron las disputas laborales durante el período en consideración. En principio, la forma que adoptaba el reclamo en estas empresas no se ajustaba o no encontraba representación bajo los procedimientos tradicionalmente defendidos por las estructuras sindicales.¹

Este trabajo forma parte de un proyecto más amplio cuyo objetivo central es analizar si la participación en una acción colectiva que culminó con la autogestión de las empresas modificó o le imprimió determinada orientación a las visiones y expectativas respecto al mundo del trabajo que sustentan los trabajadores que formaron parte de esas experiencias, alejándose de aquéllas que sostienen sus pares asalariados.

Tomando en cuenta que los trabajadores pertenecientes a empresas recuperadas estuvieron en riesgo inminente de caer en el desempleo, y que sus acciones se orientaron básicamente a evitar este destino, nos preguntamos:

- Qué tipo de explicaciones y representaciones sociales están disponibles entre estos trabajadores respecto al desempleo y sus causas.
- Qué tipo de representaciones sociales y expectativas resultan dominantes respecto a los desocupados y sus diferentes modalidades sociales de existencia.
- En qué medida estos trabajadores establecen lazos de identidad (problemas e intereses comunes), con los “sin empleo”.

¹ Su surgimiento es producto de procesos diferenciados, de elementos estructurales, motivacionales y de disponibilidad de recursos. Uno de los aspectos centrales que imprimieron un curso determinado a estas acciones fue los diferentes modos que adoptó la intervención sindical (ver Davolos & Perelman 2003).

Circunscribimos nuestro universo de análisis a los dirigentes de base ², debido al papel determinante que suelen tener, sobre todo en momentos de crisis, impulsando entre sus compañeros determinadas orientaciones y cursos de acción. El estudio se centra en el sector metalúrgico por ser el que agrupa el mayor número de casos de recuperación de empresas.

De este modo, al controlar el sector de actividad y la participación activa en una organización gremial (que por definición tiene un delegado de base) nos encontramos frente a una población relativamente homogénea, siendo la participación en una acción colectiva “no convencional” una variable diferencial que tendría un valor explicativo. Para ello, se realizaron entrevistas en proporciones similares a trabajadores asalariados y trabajadores de empresas recuperadas con el objetivo de realizar un ejercicio de comparación.

El trabajo se organiza de la siguiente manera. En primer lugar se discute el contexto que dio lugar al surgimiento y desarrollo del proceso de recuperación y autogestión de empresas, con especial atención en la interrelación entre las características que adoptó el mercado laboral y la dinámica de la conflictividad laboral durante la década de los '90. En segundo lugar, se caracterizan las trayectorias sociolaborales que resultan dominantes en nuestro universo de estudio. Tercero, se presentan algunos resultados preliminares de los posicionamientos de cada grupo (asalariados – trabajadores de empresas recuperadas) respecto a los temas previamente enumerados y se evalúa en que medida la experiencia de recuperación puede haber incidido sobre las mismas. Por último, se presentan algunas consideraciones finales.

1. Del reclamo laboral tradicional a la recuperación de empresas

Entre las acciones conocidas como de “recuperación de empresas por parte de sus trabajadores” y las características que adoptó la conflictividad laboral durante los '90, es posible trazar tanto líneas de continuidad como de ruptura. La continuidad estaría marcada por la relevancia que fue adquiriendo la preservación de la fuente de trabajo entre los trabajadores ocupados. La mayor significación que va adquiriendo este reclamo estuvo asociada no sólo a la crisis que dio lugar a cierres de empresas y ajustes en los planteles permanentes, sino también al aprendizaje social en torno a las consecuencias que tuvo para muchos trabajadores la salida de la empresa, aún entre aquellos que cobraron elevados montos en concepto de indemnización o retiro voluntario.³

A lo largo de la década de los '90 las condiciones del mercado laboral se fueron tornando cada vez más críticas para un número creciente de trabajadores. En 1989 la tasa de desempleo era del 6%, muy cercana a lo que era el promedio histórico del país, en 1994 ya se había elevado al 12%, y en la crisis del 2001 trepaba por encima del 20%. Es decir,

² Con dirigentes de base nos estamos refiriendo a los delegados de planta en el caso de las empresas asalariadas. En el caso de las empresas sin patrón, son ex delegados de planta hoy dirigentes de las cooperativas (entidad legal que han adquirido las empresas recuperadas).

³ El retiro voluntario fue una modalidad de desvinculación de la empresa muy difundido entre las empresas de servicios públicos privatizadas y en las empresas estatales. En muchos casos, los trabajadores terminaron aceptando esta "salida" luego de experimentar fuertes presiones en su entorno laboral (Para el caso de los trabajadores telefónicos, ver Davolos 2001).

que en algo más de 10 años la tasa de desempleo abierto se había más que triplicado. Paralelamente, crece el empleo “no registrado”⁴ ante la seguridad social y la inestabilidad laboral, en parte como consecuencia de sucesivas reformas al régimen de contrato de trabajo, que tenían por objetivo eliminar restricciones para que los nuevos asalariados pudieran ser contratados en forma temporaria.⁵ También, se registra un proceso de sustitución de trabajadores con contratos por tiempo indeterminado por contratados en forma temporaria (Ver, Perelman, 2001). A finales de la década, la mayor parte de los trabajadores que ingresan a una nueva ocupación lo hacen mediante contratos precarios, aún aquellos trabajadores con mayores niveles educativos y de calificación. En este contexto crece el desempleo de larga duración (mas de un año)⁶, pero también las trayectorias caracterizadas por la alternancia de cortos períodos de empleo y desempleo (desempleo repetitivo)⁷.

Las condiciones negativas en las que se desarrolló el mercado de trabajo tuvieron un efecto disciplinador sobre los trabajadores en el sentido de mantener los salarios deprimidos, intensificar las condiciones de trabajo⁸, erosionar el poder sindical y regular el nivel de conflicto.

En otras palabras, si bien las políticas de la dictadura militar de 1976 son la llave para comprender como se fueron alterando las bases sociales y estructurales sobre las que se había edificado la acción sindical en la Argentina desde los años '40, las reformas implementadas durante los '90 significaron un nuevo punto de inflexión. Consecuencia de ello, fueron la progresiva pérdida de poder del sindicalismo dentro del aparato del partido justicialista,⁹ y el repliegue en los niveles de la conflictividad laboral de base sindical.¹⁰ En paralelo, fue cobrando mayor centralidad al interior del partido gobernante la construcción de redes clientelares de base territorial en torno a la atención focalizada de los grupos vulnerables que iba generando el modelo socioeconómico¹¹. El control sobre los

⁴ Durante la década de los 90 creció significativamente el numero de asalariados que no perciben los beneficios que marca la ley a los cuales se denomina trabajadores no registrados. En el año 2002 el empleo no registrado representaba el 31% del total del empleo asalariado (ver Marshall 2003).

⁵ Con posterioridad a la implementación de estas reformas se reduce la proporción de trabajadores con contratos por tiempo indeterminado, que pasa del 92% en 1996 al 83% en 1997, y las modalidades temporarias pasan a representar el 80,2001%.% de las nuevas contrataciones (MTSS 1997).

⁶ El desempleo de larga duración creció durante los '90 del 1% al 10%. Entre los trabajadores que habían tenido un empleo estable y protegido este porcentaje se elevaba a mas del 20%. Estas cifras resultan elevadas si se tiene en cuenta el escaso alcance que tiene en la Argentina el seguro de desempleo (Ver Perelman 2002).

⁷ En mayo de 1998 más del 35% de los trabajadores que habían ingresado a una relación asalariada en octubre de 1997 estaban nuevamente desocupados o habían pasado a la inactividad (Perelman 2002).

⁸ Un ejemplo muy ilustrativo es la extensión "de hecho" que se produjo en la jornada laboral. En el año 2000 un 50% menos de trabajadores que realizaban horas "extras" percibían una remuneración por dicho concepto, en relación a los registros de principios de los '90 (Santarcángelo & Schorr, 2000).

⁹ Partido político con el que –desde su surgimiento– se identificó la clase obrera. El mismo, fue gobierno desde 1989 hasta 1999, período en el que se implementaron las reformas de mercado a las que estamos aludiendo, constituyendo un desafío a sus orientaciones tradicionales.

¹⁰ Principios de la década del '90 marca una caída en los niveles de conflictividad laboral respecto del período anterior (1984 -1989), sobre todo en el sector privado (ver Spaltemberg 2000).

¹¹ Durante el período se implementan desde el estado un número considerable de planes sociales focalizados a atender a los sectores pobres o marginalizados, en consonancia con las políticas recomendadas por los organismos de crédito internacional.

mecanismos de distribución de estos planes sociales constituyó la base material sobre las que se montaron adhesiones y lealtades políticas hacia dirigentes partidarios de base territorial, comúnmente denominados como “punteros” (ver Levitsky, 2004).

Por otra parte, dentro del ámbito sindical, y a medida que avanza la década, los motivos principales del conflicto se tornan más defensivos, pasando de los reclamos por recomposición salarial a demandas originadas en despidos, suspensiones y/o por pagos adeudados. Otro desplazamiento significativo que se produce a lo largo de toda la década es el ámbito de aplicación del conflicto, pasando de la rama de actividad a la empresa.

Este cambio resulta muy relevante, si se tiene en cuenta que la organización gremial Argentina se caracterizó históricamente por un alto grado de centralización a nivel de ramas de actividad, tanto en los procesos de negociación, como en la organización de la acción colectiva. El alto grado de centralización que caracterizó a la estructura gremial se vio favorecido por la legislación laboral que le otorga el monopolio de la representación y de la negociación colectiva al sindicato mayoritario, en general, organizado en torno a una determinada actividad.

El repliegue de la conflictividad a los límites de la empresa supuso, por un lado, la persistencia de prácticas de organización y acción colectiva en torno a las estructuras representativas de base (cuerpo de delegados de planta y comisiones internas), pero por otro, puso en mayor relieve la heterogeneidad histórica existente en la organización gremial en torno a variables como: tamaño del establecimiento, rama de actividad y tradición en la organización gremial. De hecho entre ramas que atravesaron procesos importantes de ajuste como la metalúrgica y la textil, se registraron niveles disímiles de conflictividad, observándose en la primera un número de conflictos bastante más elevado que en la segunda¹². También es importante señalar la heterogeneidad existente al interior de un mismo sindicato entre distintas regionales o seccionales. Casos paradigmáticos fueron los diferentes grados de confrontacionismo evidenciados por distintas regionales de los sindicatos telefónicos, de estatales y dentro del sector industrial de los metalúrgicos.

Paralelamente al hecho que se fueron tornando más defensivas las acciones de protesta de los ocupados, comienza a adquirir visibilidad pública cual es el destino común para la mayor parte de los trabajadores que eran expulsados de su empleo: el desempleo de larga duración o el desempleo repetitivo. Un caso paradigmático fue el de los trabajadores de las empresas públicas que "aceptaron" el retiro voluntario durante el proceso de privatización. Según estudios que registraron las trayectorias laborales de estos trabajadores, una buena parte de los mismos no lograron reinsertarse en el mercado laboral.¹³ De hecho, muchos de los que habían sido desligados de las empresas petroleras pasaron a formar parte de los primeros grupos "piqueteros" que surgieron en las protestas

¹² El hecho de que ramas que atravesaron importantes procesos de ajuste, cierres y reducción de personal presentaran diferentes niveles de conflictividad, constituyen un indicador de la relevancia del grado de organización gremial en la organización de la protesta.

¹³ Véase los trabajos Davolos (2001) y Orlansky & Makón (2002).

que tuvieron lugar en las localidades de Cutral – C6 y Plaza Huincul (Neuqu6n) o Tartagal y General Mosconi (Salta).¹⁴

El piquetero se constituy6 en la personificaci6n social m6s importante que surgi6 en las nuevas formas de protesta que tuvieron lugar en la 6ltima d6cada cuya expresi6n caracter6stica fue el corte de rutas, caminos y calles. A medida que avanz6 la d6cada del '90 la protesta piquetera se convirti6 en la forma dominante que utilizaron los desocupados para manifestarse y asegurar su supervivencia. Dentro del "movimiento piquetero" fueron confluyendo distintas organizaciones sociales muy heterog6neas entre s6 en cuanto a sus experiencias de lucha previa, al tipo de proyecto pol6tico que encarnaban y al tipo de relaci6n que fueron estableciendo con el Estado a trav6s de los planes sociales, lo que va a dar lugar a grupos m6s confrontacionistas y otros m6s negociadores.¹⁵ Estos grupos van a competir con las estructuras territoriales b6sicamente perteneciente al partido justicialista, en la forma de distribuci6n y asignaci6n de los planes sociales.

Si entre los trabajadores ocupados las acciones se fueron concentrando cada vez m6s en la preservaci6n de la fuente de trabajo, una vez agotada esta instancia el reclamo se centr6 en el cobro de la indemnizaci6n, que en muchos casos se volvi6 dificultoso. Este fue el repertorio tradicional a partir del cual los sindicatos enfrentaron los procesos de cierre o reducci6n de personal.

Sin embargo, en la medida que las posibilidades de reinserci6n en el mercado laboral parec6an m6s dif6ciles, y en la medida que muchos trabajadores se "resignan" a preservar su empleo a6n a costa de padecer largos per6odos de incumplimiento patronal (atrasos de salarios y beneficios sociales), el cierre de la fuente de trabajo comienza a tornarse intolerable para estos trabajadores. La percepci6n del significado del cierre de la empresa como "inaceptable", se va a ver reforzado en aquellos casos donde –como sucedi6 en un porcentaje elevado- los trabajadores advierten que se trata de cierres por quiebras fraudulentas o procesos de vaciamiento y crisis inducida.¹⁶

Es en este "horizonte de sentido" en el que se inscribe el cambio en las formas de expresi6n de los reclamos, pasando del reclamo tradicional a la toma y recuperaci6n de las plantas.

Por tanto, la ocupaci6n de empresas por parte de sus trabajadores y su puesta en producci6n, se inscribe en acciones defensivas y de resistencia que constituyen una prolongaci6n de los reclamos por la fuente de trabajo a partir de m6todos alternativos que no formaban parte del repertorio tradicional de la lucha sindical. La recuperaci6n de empresas surge como una forma de esquivar el destino casi seguro de pasar a engrosar el ej6rcito de desocupados en un contexto donde las protecciones frente al desempleo son d6biles y transitorias: la indemnizaci6n se consume y el seguro de desempleo al cabo de un corto periodo deja de percibirse.

¹⁴ V6ase, Auyero (2002) y Klachko (2002).

¹⁵ Para un an6lisis en profundidad sobre la tem6tica, ver Svampa & Pereyra (2003).

¹⁶ Este tema ha sido analizado con mayor profundidad en Davolos & Perelman (2003).

Hacia finales de la década, cobra fuerte dinamismo la protesta social en la Argentina no sólo porque los conflictos se multiplican sino además por la conjunción de formas tradicionales y no tradicionales de manifestación, donde asumen centralidad las acciones organizadas de los desocupados y otras formas novedosas de manifestación del descontento protagonizadas por los sectores medios urbanos. Este proceso alcanza su punto más álgido en las jornadas de Diciembre de 2001, desencadenando la abrupta caída del gobierno de Fernando de la Rúa¹⁷.

Es en ese contexto, que toman visibilidad y comienzan a multiplicarse "las empresas recuperadas por sus trabajadores". Experiencias cuyo origen es posible remontar a 1998, año en el que se inicia el largo ciclo recesivo que comienza a revertirse hacia fines de 2002¹⁸.

2. El estudio de caso

2.1. Algunas notas sobre el estudio de caso

El presente estudio es de tipo exploratorio, confeccionado a partir de entrevistas semiestructuradas realizadas a un conjunto de 40 trabajadores (dirigentes de base), durante el primer semestre de 2004. La mitad de las entrevistas fueron realizadas a trabajadores en empresas recuperadas y la otra mitad a trabajadores en empresas asalariadas. Sintéticamente, la entrevista aplicada permite reconstruir las trayectorias laborales, socioculturales, y de experiencia previa de participación en diferentes instituciones de la sociedad civil (sindicatos, partidos políticos, organizaciones bariales, etc.) y en movimientos sociales. En segundo lugar, permite reconstruir las trayectorias familiares de los entrevistados, incorporando no sólo a los miembros actuales del hogar sino también las trayectorias de la generación anterior y posterior a ellos. Es decir, a los padres e hijos de los entrevistados. Luego se examinan una serie de tópicos que incluyen entre otros, los que constituyen el objeto de debate de este artículo expresados en la introducción. Particularmente, en estos tópicos se tomaron como referencia algunas preguntas ya formuladas en una encuesta aplicada en otra investigación sobre empresas recuperadas (con un recorte del universo diferente al que estamos presentando), lo que posibilitará hacer futuros trabajos de comparación.¹⁹

El trabajo de campo, se completa con una serie de otras entrevistas a informantes claves. Esto

¹⁷ De La Rúa accede a la presidencia de la Nación en 1999 con promesas de políticas que lo diferenciaban de aquellas que venían aplicándose durante el gobierno justicialista. Pero una vez en el gobierno, y en lo que se refiere a la política económica y laboral, básicamente siguió profundizando los lineamientos impuestos por el anterior gobierno.

¹⁸ Existen experiencias anteriores, que si bien constituyen un antecedente su génesis esta ligada a un contexto diferente.

¹⁹ En esta direccionalidad, las autoras agradecemos a Julián Rebón -investigador del Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales (coordinador de la investigación sobre empresas recuperadas que lleva adelante el grupo de investigación "P.I.C.A.S.O.")- por permitirnos tomar algunas preguntas (algunas como referencia y otras textualmente) del instrumento de relevamiento elaborado en el marco del seminario de investigación que este equipo dicta en la Facultad.

significó contar con una vasta información previa al momento de enfrentar las entrevistas a los delegados de base.

2.2 Las trayectorias sociolaborales de los metalúrgicos

Si bien el balance general de la década de los '90 en Argentina, da cuenta de una regresión en las condiciones laborales y de vida del conjunto de la clase trabajadora, las transformaciones en el mercado de trabajo afectaron en grados y formas diversas a los distintos grupos de trabajadores. Mientras que buena parte de quienes ingresan en dicho período al mercado laboral lo hacen bajo modos contractuales altamente inestables y siguen trayectorias ocupacionales de carácter intermitente, otra parte -incluso mediando fuertes procesos de racionalización-, siguió constituyendo un núcleo relativamente estable de la clase trabajadora.

Como veremos a continuación, las trayectorias laborales de quienes conforman nuestro universo de estudio (los delegados metalúrgicos) se caracterizaron por una relativamente alta estabilidad. Incluso, para aquellos trabajadores que se mantienen ocupados a partir de la recuperación de empresas, este episodio constituyó en la mayoría de los casos una primera ruptura en sus trayectorias.

Esta ruptura se produce en general hacia finales de la década del 90, en el contexto de la fuerte crisis que afecta al sector metalúrgico y que va a implicar que en un corto período se produzca una fuerte expulsión de trabajadores. Entre octubre de 1997 y octubre de 2000 se reduce en un 40% el número de asalariados metalúrgicos, si se toma en cuenta exclusivamente a aquellos trabajadores que percibían el conjunto de beneficios que marca la ley nacional.²⁰ Estos datos reflejan en forma elocuente la dinámica de un proceso de crisis y racionalización del empleo que se inserta en el corazón mismo del sector más organizado, constituyéndose en una experiencia ampliamente compartida por los trabajadores metalúrgicos, aún para quienes permanecen en sus puestos de trabajo. La mayoría de los relatos de los delegados entrevistados localizan en este período despidos masivos, importante atrasos y deudas salariales, y amenazas de cierre de plantas. En muchos casos estos episodios dieron lugar a conflictos abiertos en los lugares de trabajo, bajo las modalidades de paro de actividades, trabajo a “desgano”, continuas negociaciones con la gerencia y/o un estado deliberativo y asambleario entre los trabajadores.

Específicamente entre nuestros entrevistados encontramos un núcleo de trabajadores con importante experiencia gremial y, como sindicados sus relatos, con memoria directa de etapas anteriores a los '90, caracterizadas por relaciones de fuerza más favorables para el sector de los trabajadores.

Un porcentaje importante ingresó al mercado de trabajo entre mediados de los '60 y mediados de la década de los '70, es decir con anterioridad a la última dictadura militar, y por tanto experimentaron en forma personal el período de apogeo del sindicato metalúrgico, en el cual la Unión Obrera Metalúrgica tuvo un rol central en la conducción del movimiento obrero organizado.

²⁰ Sobre la dinámica del empleo en el sector metalúrgico durante el período, ver Davolos & Perelman (2004).

La mayoría de estos trabajadores tienen una trayectoria extensa y estable como obreros metalúrgicos. Más de las tres cuartas partes de los entrevistados adquirió su formación inicial como trabajador metalúrgico a una edad temprana (antes de los 20 años) y más de la mitad superaba los 10 años en la empresa al momento de la entrevista y una proporción importante superaba los 20 años. En las empresas recuperadas, una mayor proporción de delegados se encontraba en esta última situación.

Esta trayectoria en un número relevante de casos se extiende al ámbito familiar al compartir la inserción dentro de este sector con sus padres²¹, muchos de los cuales también participaban de acciones o movilizaciones de origen sindical o fueron delegados de base. Además, varios de los padres que tienen (o tenían) un cargo gremial trabajaron (o trabajan) en el mismo establecimiento que los entrevistados, poniendo en evidencia la importancia que tiene la transmisión de ciertas prácticas entre padres e hijos.

De los datos presentados se desprende que los entrevistados presentan un alto grado de homogeneidad laboral y sociocultural en sus orígenes. Constituyendo su rasgo dominante el haber sido parte del núcleo relativamente estable de la clase obrera industrial, no sólo en función de su larga y estable inserción en la rama metalúrgica, sino también porque un número significativo de los delegados son al menos segunda generación de obreros industriales, y en número relevante obreros metalúrgicos.

A fines de la década, estas trayectorias comienzan a bifurcarse. Mientras que una parte de los entrevistados continúan formando parte del grupo trabajadores industriales formales y estables, otra parte permanecen como trabajadores metalúrgicos pero pierden su condición de asalariados. En la mayoría de los casos su desalarización implicó un período importante de paro en su actividad productiva (aunque permanecieran al interior de las empresas), una caída en sus ingresos y una fragilización en sus vínculos con la seguridad social.

También la trayectoria de estos trabajadores comienza a mostrar fuertes quiebres respecto a sus hijos, sobre todo frente a aquellos que ingresaron o debieron haber ingresado al mercado laboral durante la década de los '90, quienes presentan muchas veces inserciones más desventajosas que las generaciones anteriores. Casi un tercio de los hijos, pese a tener en general un nivel educativo más elevado que sus padres, estaba desempleado al momento de la entrevista y aunque entre quienes estaban ocupados seguía prevaleciendo la inserción en la industria, solo un cuarto estaba empleado en el sector metalúrgico, y el resto se dispersaba hacia otras ramas históricamente menos dinámicas como textil y alimentación.²²

²¹ El 70% de los padres de los encuestados era o es asalariado, donde más de la mitad pertenecen al sector industrial (básicamente al sector metalúrgico). Esta conjunción da como resultado, que más de un tercio de los encuestados proviene de padres obreros metalúrgicos.

²² Pero contrariamente a esta continuidad entre padres y entrevistados, se evidencia un corte generacional importante respecto a los hijos, no sólo en lo que respecta al tipo de inserciones que registran sino también al grado de participación, el cual se vuelve nulo. Si bien podría inferirse que los hijos son en su mayoría todavía jóvenes para desempeñar un cargo gremial, no se debería despreciar la incidencia que tendrían otros aspectos

Si bien el desempleo es relevante entre las cónyuges e hijos de nuestros entrevistados, es casi nulo el contacto que las familias de los delegados tienen con los planes estatales, y con las organizaciones sociales que agrupan desocupados.

Esto se debe en parte a que casi la totalidad de nuestro universo de análisis son jefes de hogar y por tanto nos estamos circunscribiendo a hogares cuyo jefe está ocupado y el desempleo afecta a los trabajadores secundarios (de hecho también es alta la incidencia de la inactividad entre hijos y cónyuges). Sin embargo, aún entre los familiares directos que estarían en condiciones objetivas de percibir un plan (hijos o padres que no viven en el hogar y son jefes de familia), su reproducción se realiza al margen de la ayuda estatal. Dicho de otro modo, los delegados metalúrgicos no tienen un contacto directo ni cercano con los planes sociales y con sus mecanismos de distribución. Así mismo, ninguno de los miembros directos de su grupo familiar participa de una organización de desocupados.

Por último, aunque el desempleo esté presente en el grupo familiar, su experiencia directa como desocupados ha sido escasa. Un 60% manifestó no haber estado nunca desempleado y entre quienes sí estuvieron, el desempleo fue en general de corta duración (casi la mitad menos de 6 meses) y en la misma proporción solo estuvieron desempleados por un único período. Además, el desempleo que registran como grupo no aparece asociado a una época en especial, sino que se distribuye casi homogéneamente durante las décadas de los 80 y 90.

Si bien los datos hasta aquí presentados no nos permiten deducir nada acerca del tipo de representaciones sociales e identidades que como grupo producen y reproducen, sí nos parece que estas variables se asocian a vivencias y prácticas concretas que tienen su incidencia en la estructuración de ciertos modos de interpretar y significar lo social.

2. 3. Percepciones sobre los “sin empleo”: desempleados, perceptores de planes sociales y “piqueteros”

Como se vio en el punto anterior nuestros entrevistados conforman un grupo con una larga trayectoria en el sector industrial, que se extiende a la trayectoria familiar, si tomamos en cuenta la inserción ocupacional de los padres. También vimos que esta trayectoria se corta respecto a sus hijos, donde aparece como dato sobresaliente el peso que tiene el desempleo entre los hijos de los entrevistados. Sin duda, este es un fenómeno ligado a los cambios profundos que experimenta el mercado laboral, sobre todo en la década de los 90, cuyo dato más sobresaliente es el aumento del desempleo abierto. El otro dato, que aparece como central es la expansión de las formas de organización de los desocupados en torno a distintas agrupaciones de piqueteros y la expansión de los planes de ayuda estatal, básicamente a través del plan “jefes y jefas de hogar desocupados”. En ambos casos, vimos, que los delegados y su entorno familiar tienen escaso vínculo con la ayuda estatal y con el movimiento piquetero, aún cuando la desocupación es relevante entre sus cónyuges e hijos.

tales como la dispersión hacia sectores con menos tradición organizativa que la UOM y su mayor concentración en establecimientos de reducido tamaño.

De este modo, paralelamente a la extensión del fenómeno de la desocupación en la Argentina de los '90, van emergiendo distintas figuras sociales asociadas a la falta de empleo. En este punto analizaremos las percepciones que los delegados metalúrgicos tienen respecto a: el desempleado convencional, el piquetero y el receptor de un plan jefes y jefas.

En primer lugar, la definición convencional de desocupado, como aquél que no tiene empleo y busca obtenerlo, no sólo resulta problemática a los fines estadísticos sino que al mismo tiempo revela una clave para comprender algunas de las visiones más corrientes sobre este fenómeno. En este sentido, como señala Freysinett (1991) la definición convencional de desempleo implica no tener empleo, estar disponible para trabajar y estar buscando trabajo, conceptos que pueden traer aparejado un margen de ambigüedad. Es sin duda el último requisito el que resulta más problemático ya que “contiene necesariamente una parte de subjetividad”. Si como refiere el mismo autor, entre quienes realizan los relevamientos estadísticos se abre el interrogante de si es válida la simple respuesta afirmativa frente a la pregunta de si “busca empleo”, o si “se controlará la realidad de sus gestiones para buscar empleo”, los estudios cualitativos sobre actitudes de desocupados y sobre orientaciones acerca del desempleo, muestran que este es un punto relevante en las imágenes que se construyen acerca del desempleo y los desempleados. Esto nos lleva a una dimensión relevante que ha sido bien definida por Howe (1998), como aquella que define cuales son las expectativas sociales respecto a cómo sería apropiado que se comporte un desocupado.

En segundo lugar, en la Argentina a los diferentes modos de enfrentar en forma individual y vía el mercado laboral la falta de un empleo, se suma en los '90 la figura del piquetero, la cual remite a una matriz organizativa que agrupa desocupados y que se identifica con ciertas formas de protesta comúnmente asociadas al corte de rutas, accesos y calles.

Por último, a partir del año 2002, y como respuesta del estado a la crisis ocupacional, se implementa el plan de ayuda a los desocupados cuantitativamente más extendido que tuvo lugar en la Argentina y que se mantiene hasta la actualidad, difundándose con mayor fuerza la imagen del receptor de planes sociales. En teoría sus receptores alcanzarían a todos aquellos que a la carencia de ingresos laborales por falta de empleo se suma su condición de jefe de hogar.

Estas distintas formas de existencia del desocupado, obviamente no constituyen categorías excluyentes, por ejemplo un desocupado puede buscar empleo en el mercado laboral, pertenecer a una organización piquetera y ser receptor de un plan jefes y jefas. Sin embargo, cada una de ellas remite a distintas imágenes sociales sobre los desempleados y a veces también a distintas redes o matrices relacionales en las que se encuentran insertos los desocupados. La definición de desempleado y de receptor de planes, se centra en los individuos (individuo que busca empleo, individuo que percibe planes de ayuda estatal y establece un vínculo con el estado asistencial), más allá de la mediación que exista en el acceso al plan a través de redes clientelares tradicionales u organizaciones de desocupados.

Pero, a diferencia de esta remisión a lo individual, la categoría piquetero es la única que refiere a una matriz de organización y acción colectiva.

En este apartado vamos a caracterizar cómo explican estos trabajadores (que recordemos tienen una escasa experiencia personal como desocupados) el crecimiento del desempleo en la Argentina y cómo caracterizan a las diferentes figuras sociales asociadas al desempleo. En qué medida los incluyen dentro del grupo social al que ellos pertenecen y cuáles son los lazos de solidaridad que establecen con las diferentes categorías de desocupados que hemos presentado.

Con este objetivo se les preguntó a los entrevistados acerca de las causas del desempleo, por la cercanía de intereses que perciben respecto de los desocupados, los perceptores de planes jefes y jefas y al movimiento piquetero. Por último se los confrontó con una acción concreta emprendida por desocupados.

En primer lugar, se analizó cuál es la relevancia que el desempleo tiene como problemática para estos trabajadores. Ante la pregunta de cómo consideran que se divide fundamentalmente la sociedad, cerca de un tercio de los encuestados contestó que la sociedad se divide entre *ocupados* – *desocupados*. Es decir que para un número importante el desempleo se constituye en una dimensión relevante dentro de sus consideraciones sobre el orden social y como veremos más adelante, los dos términos del binomio más que a una oposición, hacen referencia a una problemática que tiene lugar en el interior de la clase trabajadora.

A la hora de explicar la desocupación²³ casi la totalidad de los delegados optan por explicaciones de carácter social, el 86% asocia el desempleo al modelo económico y un porcentaje similar incluye también en la explicación el comportamiento de los empresarios.²⁴ En cambio otras respuestas disponibles, y que han tenido bastante difusión en el marco de paquetes ideológicos de cuño reconocible, como por ejemplo “que los extranjeros le quitan el empleo a los argentinos”, o “que este es consecuencia del alto costo de la mano de obra” (argumento esgrimido con bastante fuerza en los 90 por los sectores representativos del empresariado) encuentran pocos adeptos (alrededor del 10% cada respuesta) entre los delegados metalúrgicos. Una nota aparte merecen las respuestas que recaen sobre la responsabilidad de los trabajadores, pero que se diferencian en un atributo fundamental, si incluyen o no alguna dimensión que implica la culpabilización individual.

En aquellas respuestas que el desempleo se asocia con el hecho que los trabajadores “no luchan lo suficiente”, aparece como central una dimensión relacionada con la organización y acción colectiva, en tanto que aquellas que remiten a la falta de capacitación laboral que tendrían los desocupados, pueden ser entendidas en términos de una mayor

²³ En esta pregunta se daban una serie de opciones cerradas, y el entrevistado podía elegir las que consideraba que eran causantes del desempleo, por eso en muchos casos las respuestas fueron múltiples. Los porcentajes presentados resultan de la sumatoria de respuestas positivas que obtuvo cada respuesta en sí misma.

²⁴ Estas respuestas corresponden a una de las formas de representación social del desempleo según Howe (citado por Kessler 1996), a la cual llama estructural, que a diferencia del tipo behaviorista, atribuyen los causales a las condiciones políticas, sociales y/o económicas, y no a las características personales o acciones de los individuos.

responsabilidad individual. En ambos casos estas respuestas fueron seleccionadas por aproximadamente un 30% de los encuestados.

Si a priori se podría esperar que los delegados de empresas recuperadas fueran más propensos, dada su participación en acciones colectivas que implicaron el mantenimiento de la fuente de trabajo, a optar con mayor frecuencia por la primera respuesta (los trabajadores no lucharon lo suficiente), la misma se distribuye de manera similar entre los asalariados y trabajadores de empresas recuperadas.

Cuando se les pide a los trabajadores que prioricen su cercanía con relación a distintos sectores sociales (distintos grupos dentro de la clase trabajadora conjuntamente con otras fracciones dentro del capital), para la casi totalidad figura en primer lugar “otros trabajadores industriales” e inmediatamente en segundo lugar “los desocupados”. Es decir que, como en parte adelantáramos, los delegados visualizan una cercanía de intereses y problemas con los desocupados, ya que casi el 90% de los encuestados se siente cerca de aquél que no tiene empleo.²⁵

En general, la expresión de un vinculo de cercanía se acompaña con comentarios típicos como, “yo también podría estar desocupado”, “compañeros nuestros están desocupados”, etc. Como ya señalamos los procesos de ajuste y despidos masivos que se suceden en los últimos años de la década de los `90, fueron una experiencia ampliamente compartida por los delegados que hemos entrevistado.

Ahora bien, que ocurre cuando el desocupado adquiere un atributo diferente al mero hecho de haber perdido el empleo por fuerzas ajenas a su responsabilidad individual o a la estrecha definición de quien no tiene empleo y busca activamente en el mercado de trabajo. Nos referimos concretamente al desocupado objeto de un plan de asistencia del estado o bien aquellos que se organizan en forma colectiva en torno a su condición de desocupado.

En relación a los perceptores de plan jefes y jefas se observa un importante descenso en el nivel de cercanía que manifiestan los entrevistados, respecto a los desocupados, ya que solo un 65% se siente cerca de este grupo. En este caso, el proceso de recuperación de empresa parece haber ampliado el horizonte identitario, ya que la cercanía con los beneficiarios de la ayuda estatal es mayor entre los delegados que pertenecen a estas empresas, y más contundente aún son las diferencias en relación a la proporción que en el gradiente se siente directamente lejos de este grupo (un 35% entre los asalariados frente a un 17% entre los trabajadores de empresas recuperadas). ¿Cuales son las razones o explicaciones típicas que dan los entrevistados para tomar distancia de los beneficiarios del plan jefes y jefas?

En sus caracterizaciones se produce una fisura o quiebre entre las explicaciones de carácter estructural esgrimidas respecto al desempleo y sus causas, que tienden a desculpabilizar a los individuos, y los resquemores que muchos de ellos anteponen cuando

²⁵ Entre el 85 y el 90% de los trabajadores se considera cercano a estas dos categorías de trabajadores (otros trabajadores industriales y desocupados). Este porcentaje se reduce al 70% para el caso de los trabajadores estatales y al 40% para los trabajadores administrativos.

se refieren a los perceptores del plan Jefes y Jefas. Aquí encontramos algunas explicaciones arquetípicas que constituyen un sentido común bastante extendido entre nuestro universo de análisis. Si bien los entrevistados reconocen que frente a la falta de empleo “de algo hay que vivir”, la distancia se construye en torno a la “sospecha” de que los perceptores de planes en realidad “no quieren trabajar”, “comienzan a percibirlo por necesidad pero luego se acostumbran”, “pierden la cultura del trabajo y se aprovechan de la situación”.²⁶ De este modo entre quienes se sienten lejos de los perceptores de planes aparece bastante extendida la noción de “pobre calculador”, como aquél que opta estratégicamente por depender de los beneficios sociales en lugar de conseguir un empleo²⁷. Aunque en bastante menor medida, este argumento también es utilizado por algunos de los entrevistados que se sienten cercanos a los beneficiarios de los planes, para distinguir a quien genuinamente lo necesita, de aquel que “quiere vivir del estado”.

Si ante el desocupado perceptor de un plan los delegados toman una mayor distancia que frente al desocupado a secas, cuando hacemos referencia al desocupado organizado, personificado en la figura del “piquetero”, los delegados metalúrgicos se sienten mayoritariamente lejos.

Es sin duda frente al desocupado organizado que emprende acciones de protesta donde la brecha identitaria es más evidente (el 53% se siente lejos y sólo un 22% cerca). Nuevamente, la experiencia de la recuperación tiene algún tipo de incidencia a favor de una apertura identitaria, ya que entre los trabajadores de estas empresas un porcentaje mayor se siente cerca (30%, frente a un 15% entre los asalariados).

Aún cuando partimos de un grupo de trabajadores que por definición tiene una valoración positiva de la organización y acción colectiva, en tanto son partes activas y representativas de una organización gremial, frente al piquetero (es decir al desocupado organizado) las críticas apuntan en su mayoría al tipo de acciones que son prototípicas del movimiento, sintetizado en un concepto que se repite con gran frecuencia “no estoy de acuerdo con sus métodos”. También son relevantes las respuestas que descalifican a las organizaciones piqueteras porque “tienen móviles políticos”, argumento que en general recae sobre la dirigencia de las organizaciones, en tanto las bases serían utilizadas por esta.

Pero tomando el conjunto de las respuestas, la explicación que supone un mayor rechazo y oposición al movimiento piquetero, es aquella que le atribuye a la organización un fin destinado a vivir bajo planes sociales “porque son vagos y no quieren trabajar”. Si bien esta respuesta, es relativamente marginal respecto al conjunto (13% del total de respuestas)²⁸, resulta la más significativa entre quienes se sienten lejos (casi un tercio de las mismas)

²⁶ Respuestas similares han sido relevadas en otros estudios, incluso esta es una visión presente en algunos grupos de desocupados respecto a otros desocupados (Ver Howe 1998) . Además, no deja de sorprender la similitud en torno a los discursos que se construyen en Gran Bretaña (Irlanda) respecto a los “scroungers”, que también analiza este autor.

²⁷ Esta definición se encuentra en Kessler (1996).

²⁸ Con relación a estos hallazgos, hay que tener en cuenta que la Argentina es uno de los pocos países en que organizaciones de desocupados intervienen en la distribución de los planes sociales.

Si con relación al movimiento piquetero los delegados se sienten en general lejos, cuando se los confronta con una acción concreta por parte de un grupo de desocupados, como es ocupar una fábrica cerrada y ponerla a producir, el nivel de aceptación crece, ya que algo más de la mitad considera que esta acción es justa. Si se toma en cuenta que algunas de las razones esgrimidas para tomar distancia de los piqueteros se centran en sus métodos y en sus objetivos, identificados en muchos casos con “vivir de un plan para no trabajar”, la toma de una fábrica sería una forma legítima de obtener un “trabajo genuino”. De este modo para la mayoría de los que aprueban esta acción la consideran justa porque es una “forma de obtener una fuente de trabajo”.

El rechazo a este tipo de acción es más frecuente entre los asalariados (casi la mitad) y mucho menor entre quienes recuperaron empresas (solo un cuarto se opone abiertamente).

Sin embargo, aun entre quienes aprueban esta acción, el desocupado organizado sigue siendo objeto de “sospecha” y por tanto muchos delegados esgrimen reparos. Entre los reparos más frecuentes se puede mencionar en primer lugar, “el uso político” de este tipo de acciones, es decir que el objetivo no se limite a obtener una fuente de trabajo, y en segundo término, la “falta de capacidad productiva de los desocupados”. Este último argumento remite a un imaginario social que asocia el desempleo con la falta de capacitación, o con los estratos más descalificados o educados de la fuerza de trabajo. Aquí nuevamente, si bien los delegados explican el desempleo a partir de una matriz conceptual de carácter estructural, consideran que en definitiva son los menos aptos y capacitados los que han quedado excluidos de un empleo.

Como ya señalamos algo menos de la mitad de los encuestados de todos modos, esta directamente en desacuerdo o no cree que sea justo que desocupados “recuperen una fábrica cerrada”. El argumento central que esgrimen estos trabajadores se relaciona con una noción de propiedad vinculada al trabajo. Para estos entrevistados, los únicos que tienen derecho a tomar una fábrica son los trabajadores que han trabajado en ella, porque el trabajo ha generado un vínculo de propiedad, que se puede ejercer cuando el patrón incumple el contrato laboral, o no asume plenamente sus obligaciones. Esta noción queda más clara, cuando consideramos el tipo de respuestas que dan los delegados ante la pregunta “ante que situaciones es justo que un grupo de trabajadores se organice para tomar una fábrica y ponerla a producir”. En absolutamente todos los casos, los trabajadores refieren a una situación en la cual la patronal incumple algunas de las obligaciones que supone el contrato laboral, o ejerce una administración fraudulenta. Esta claro, que son entonces los trabajadores de esa planta los que tienen derecho a ejercer un derecho de propiedad sobre los bienes productivos de la empresa. Pero esta visión, relacionada con un derecho adquirido a través del trabajo, no implica en general una visión antagónica, ya que el derecho se ejerce ante un vacío, y no como contraposición a la figura del capital. Es ante esta ausencia, por abandono de la actividad o incumplimiento de sus obligaciones, que los trabajadores de esa empresa tienen derecho a ocuparla y recuperar fuentes de trabajo. En cambio, para las visiones que se oponen a que los desocupados tomen fábricas cerradas existe un hiato insalvable, que se funda nada más ni nada menos que en un derecho de propiedad. Quizás nada más gráfico que los dichos de algunos delegados: “...eso ya es

usurpación”, “no veo el derecho si no se trabajó en el lugar...” “... no porque se estan metiendo en la propiedad privada de la cual ellos no fueron parte...”.

Esta noción de propiedad privada es esgrimida por quienes rechazan la legitimidad de que un grupo de desocupados ocupe y ponga a producir una empresa cerrada. Y dado que esta es una posición bastante mas frecuente entre el grupo de asalariados entrevistados, muy preliminarmente se podría concluir que la experiencia de recuperar la empresa pudo haber puesto en crisis las nociones de propiedad privada disponibles en esta fracción de trabajadores.

3. Conclusiones

El trabajo tuvo como objetivo central analizar si la participaron en acciones colectivas que culminaron con la autogestión de empresas, modificó o le imprimió cierta direccionalidad a las representaciones sociales respecto a los sectores mas castigados por el modelo. Específicamente, el interés se centró en averiguar, por un lado, si las representaciones de estos trabajadores respecto al desempleo y a los desempleados se distanciaron de las que sustentan trabajadores asalariados, con quienes comparten un mismo origen laboral y gremial. Por otro, avanzar en el conocimiento del impacto que sobre la constitución de identidades sociales y lazos de solidaridad tuvieron las transformaciones operadas en el mercado laboral, que profundizaron las heterogeneidades existentes entre los grupos subalternos.

El trabajo se baso en un ejercicio de comparación entre dos grupos de trabajadores que partiendo de una trayectoria sociocultural homogénea, tanto por su inserción laboral como por su participación activa como representantes sindicales de base, ingresan al nuevo milenio en condiciones bastante diferenciales. Mientras que unos siguen perteneciendo a un núcleo relativamente estable de la clase obrera industrial, otros emprendieron el camino de la autogestión como respuesta alternativa frente a la posibilidad de cierre de la fuente de trabajo.

En primer lugar, se concluye que “el haber pasado por la experiencia de la recuperación” otorga cierta inteligibilidad respecto a las dimensiones de análisis que abordó este trabajo, aunque también fue posible advertir importantes continuidades en las representaciones que sustentan ambos grupos.

En relación al tipo de explicaciones que dan los entrevistados respecto a las causas del desempleo, tanto entre los asalariados como entre los trabajadores de empresas recuperadas priman aquéllas de tipo estructural. El predominio de representaciones sociales que desculpabilizan al individuo del hecho de estar desempleado, permite también que en su inmensa mayoría estos trabajadores se sientan cercanos a quienes padecen el desempleo. Esta cercanía además, se basa en una experiencia ampliamente compartida por ambos grupos: el riesgo inminente de haber podido pasar a formar parte de las filas de los desocupados y/o la creciente inseguridad laboral que marcó el clima laboral dominante durante los ´90.

Sin embargo, las representaciones y cambios culturales tienen una temporalidad diferente a los cambios en la realidad económica. De este modo, fue posible observar desfases o ambigüedades en la correspondencia entre, por un lado, las explicaciones dominantes en este grupo respecto a los cambios en el modelo económico, y por otro en las representaciones que circulan entre ellos respecto a las nuevas figuras sociales que ese modelo produce.

Cuando indagamos respecto a las diferentes personificaciones sociales del desocupado que fueron dominando el escenario de la Argentina de los '90, comienza a quedar claro que los lazos de identidad y solidaridad se construyen fundamentalmente en torno a la figura que hemos denominado del “desocupado convencional”, esto es, aquél que quedó desempleado y busca en forma activa un empleo. Esta afirmación se vuelve mucho más certera y significativa en relación a aquellos delegados sindicales que siguen siendo trabajadores asalariados. Ya que, como se vio, el rechazo o lejanía frente al desocupado beneficiario de un plan social u organizado en un movimiento social (piqueteros), es mayor entre este grupo, que entre quienes pasaron por la experiencia de recuperar empresas. La distancia frente a estas figuras representativas del “estar hoy desempleado en la Argentina”, supone una ruptura o quiebre entre las explicaciones generales que se brindan del desempleo, y aquéllas que caracterizan a estos distintos grupos. En este segundo nivel, predominan aquéllas explicaciones que tienden a culpabilizar a los desocupados, previendo que su conducta no se corresponde con las expectativas sociales del “deber ser del desocupado”. Estas explicaciones incluyen una gama de respuestas típicas que se construyen sobre una base de sospecha sobre la condición de quien está desocupado. Es decir, cuando se remite a una figura concreta, el desempleado es sospechado de no realizar los esfuerzos necesarios para conseguir un empleo y aprovechar la ayuda del estado para no trabajar. Estas interpretaciones se basan además en una matriz conceptual que asimile a la acción del estado respecto a los desocupados en clave de “dádiva”, y no como un derecho social. Cuestión que en el caso de la Argentina tiene un sólido asiento en una tradición de derechos sociales asociados casi exclusivamente a la condición de ocupado, como daría cuenta el escaso desarrollo que tuvieron históricamente las coberturas frente al desempleo. Llamativamente, esta distancia se vuelve extrema frente al desocupado organizado. Decimos llamativamente, dado la valoración y predisposición hacia la organización y acción colectiva que tiene un delegado sindical.

Sin embargo, en este nivel vuelve a operar el cono de sospecha que se abre sobre el desocupado, sintetizado en una serie de atributos que van desde su falta de apego al trabajo, hasta su falta de actitud y capacitación para emprender las tareas productivas. Dicho esto, cabe destacar que entre quienes emprendieron acciones tan radicales como supuso la recuperación de empresas, encontramos una mayor apertura identitaria respecto a las diferentes representaciones sociales en las que aparece la figura del desempleado. Con lo cual se podría esgrimir una conclusión preliminar: que si bien las representaciones y solidaridades hacia los desempleados de aquellos trabajadores que participaron en experiencias de recuperación de empresas no están exentas de ambigüedades y desconfianzas, recurren menos frecuentemente que otros trabajadores a aquellos discursos dominantes que penalizan e incriminan moralmente a las fracciones de trabajadores más desprotegidas.

Bibliografía

Auyero, J. (2002) “Los cambios en el repertorio de la protesta social en la Argentina”, en *Desarrollo Económico* vol. 42 nro 166, julio – setiembre.

Davolos, P. (2001) “Después de la privatización: trayectorias laborales de trabajadores con retiro voluntario”, en *Estudios del Trabajo* nro 21, primer semestre.

Davolos, P. & Perelman, L. (2004) “Los dirigentes sindicales de base frente a sus estructuras de representación: un estudio sobre la UOM”, ponencia presentada al *II Congreso Nacional de Sociología*, Buenos Aires noviembre.

Davolos, P. & Perelman, L. (2003) “Empresas recuperadas y Trayectoria sindical: la experiencia de la UOM Quilmes” en varios autores *Fábricas y Empresas Recuperadas. Protesta social, autogestión y rupturas en la subjetividad*. Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, Buenos Aires.

Freyssinet, J. (1991) “¿Paradigma de la flexibilidad o nueva relación salarial?” en *Las estrategias de las empresas frente a los recursos humanos. El post taylorismo*. Stankiewicz (director) Ed Humanitas, Buenos Aires.

Gomez, M. (2000) “Conflictividad laboral y comportamiento sindical en los ´90: transformaciones de clase y cambios en las estrategias políticas y reivindicativas”, trabajo presentado en el seminario organizado por el PESEI – IDES, Buenos Aires.

Iacona, J. & Pérez, S. "Informe estadístico de conflictividad laboral". Secretaría de Trabajo. Coordinación de investigaciones y análisis laborales. Período 1998-2001.

Howe (1998) “Scrounger, worker, beggarman, cheat: The dynamics of unemployment and the politics of resistance in Belfast”, *The Journal of the Royal Anthropological*, Vol. 4, No. 3, 531-550.

Kessler, G. (1996) “Algunas implicancias de la experiencia de desocupación para el individuo y su familia”, en *Sin Trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*”, Beccaria y López (comps.) Ed UNICEF/Losada.

Klachko, P. (2002) “La conflictividad social en la Argentina de los ´90: el caso de las localidades petroleras de Cutral – C6 y Plaza Huincul (1996-1997)”, en Levy, B. (comp.) *Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano*, Colección de Becas de investigación CLACSO – Asdi, Octubre.

James, D. (1981) “Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina”, *Desarrollo Económico* N° 83 Vol. 21 Octubre – Diciembre.

Levitsky, S. (2004) “Del sindicalismo al clientelismo: La transformación de los vínculos partido – sindicato en el peronismo, 1983 – 1999”, *Desarrollo Económico* N° 173 Vol. 44 Abril – Junio.

Marshall, A. & Perelman, L. (2002) “Estructura de la negociación colectiva en la Argentina: ¿Avanzó la descentralización en los años 90?”, *Estudios del Trabajo*, 23.

Orlansky, D. & Makón, A. (2002) “Sindicatos, empresarios y el mercado de trabajo” mimeo.

Perelman, L. (2001) “El empleo no permanente en la Argentina”, *Desarrollo Económico*, Vol. Nro. 41, Nro. 161, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires, abril-junio.

Perelman, L. (2002) *Patrones de participación en el mercado laboral de los trabajadores del Gran Buenos Aires*, Serie Documentos de Trabajo nro. 141, Equipo Técnico Multidisciplinario, OIT, Santiago de Chile, mayo.

Santarcángelo, J. y Schorr, M. (2000) “Desempleo y precariedad laboral en la argentina durante la década de los ‘90”, *Estudios del Trabajo* nro 20, segundo semestre.

Scott, J. (1990) *Domination and the arts of resistance*. New Haven: Yale Univ. Press.

Svampa, M. & Pereyra, S. (2003) “*Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras.*”, Buenos Aires, Ed. Biblos.

Spaltemberg, R. (2000) "Cambio y Continuidad en el conflicto laboral. Un análisis sectorial", trabajo presentado en el seminario organizado por el PESEI – IDES, Buenos Aires.